

Puestos los ojos en Jesús (segunda parte)

Hebreos 12:2

Introducción:

Cuando nosotros vemos a los grandes deportistas del mundo recibir premios y galardones como el mejor futbolista, o el mejor ciclista, o el mejor atleta, les admiramos por el lugar honroso en el cual se encuentran. Algunos jóvenes quisieran también llegar a estar en un lugar de reconocimiento como el de estos deportistas.

O, también, cuando escuchamos de algunos empresarios que han tenido éxito en sus empresas, o escritores que reciben el premio nobel de literatura, algunos de nosotros anhelaríamos contar con la dicha de llegar a lugares tan encumbrados, pues, es muy honroso y placentero recibir reconocimientos de talla regional, nacional o mundial. Algunos pueden pensar: “¡Qué afortunadas son estas personas! ¡Nacieron con una estrella!”. Pero la realidad es que estas personas no nacieron con una estrella, sino que están recibiendo el fruto de un trabajo arduo, de una disciplina estricta, de una preparación incesante y de muchos pero muchos sacrificios.

Los grandes logros se obtienen a través de grandes sacrificios y grandes esfuerzos.

En nuestro estudio del capítulo 12 de la carta a los Hebreos hemos aprendido que la vida cristiana es como una carrera que inicia cuando ponemos la fe en Cristo como nuestro Salvador y Señor, y prosigue hasta la muerte física. Hemos visto que esta carrera requiere despojarnos de cualquier peso y pecado, y, por sobre todo, requiere mantener la mirada puesta solamente en Jesús, quien es el pionero de la fe, quien caminó la senda de la fe, ganó la carrera y ahora es el mejor ejemplo para el creyente, pero no sólo un ejemplo, sino la fuente y el perfeccionador de la fe, pues, no se trata de un mero esfuerzo humano, el cual sólo conduce a la autoconfianza, la vanagloria y el infierno, sino de un esfuerzo bajo el poder habilitador de la gracia soberana del Señor.

En la segunda parte del verso 2, nuestro autor nos mostrará con más detalles el ejemplo que nos ha dado Jesús, para que seamos animados a continuar con nuestra carrera espiritual, a pesar de cualquier adversidad o sufrimiento que nos pueda generar el hecho de ser cristianos. Veamos los dos puntos finales de nuestro estudio:

3. Motivación para el camino sufrido de la fe: *“el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio”*
4. Premio y recompensa de la vida de fe *“y se sentó a la diestra del trono de Dios”*

3. Motivación para el camino sufrido de la fe: *“el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio”*

Las dos cláusulas de esta sección del pasaje pueden ser presentadas así: Debido a la recompensa que Dios le prometió a Jesús, éste, se dispuso a sufrir pacientemente la ignominia de la cruz, considerándola como insignificante, frente a la alegría o el gozo que le esperaba, únicamente, después de haber atravesado el camino de la muerte por crucifixión.

Esta declaración es muy interesante y para ser comprendida en su profundidad es necesario aclarar ciertos elementos. El Hijo de Dios, la Segunda persona de Trinidad, tuvo una existencia en el eterno pasado de perfecto gozo. En Dios siempre hay pleno y completo gozo. Ahora, cuando la Segunda Persona de la trinidad se encarnó *“se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres”* (Fil. 2:7). Esto no significa que la Segunda persona dejó de ser Dios, sino que tomó la forma de hombre, pero no una mera apariencia de hombre, sino que realmente era un hombre, con todas las limitaciones que éstos tienen. Él, de manera voluntaria, renunció a la gloria que compartía con el Padre y al estado de pleno gozo, para vivir en calidad de hombre. Estando en esta condición humana de limitaciones, él caminaría como un siervo de Dios y cumpliría con Su voluntad, de la misma manera como deben hacerlo todos los hombres; se sometería al destino que Dios le había trazado de sufrimientos y privaciones, y luego de andar por la senda de la obediencia sería exaltado a la gloria divina, a la diestra del Padre, donde antes había estado.

Por decirlo así, y debo ser cuidadoso al expresarlo, Jesús debió trabajar por alcanzar el estado de gloria y pleno gozo que había disfrutado eternamente con el Padre, al cual había renunciado voluntariamente (sólo en su condición humana, más no en la divina), y esta recuperación se debía dar a través de la paciente obediencia en medio del sufrimiento que le

causaría vivir como hombre santo en una sociedad entregada al pecado y aborrecedora de Dios.

Insisto, no en su aspecto divino, sino en el humano, Jesús debía alcanzar la plena gloria por medio de su obediencia.

Aunque no es fácil comprender la cristología y ni tampoco separar la naturaleza humana de la divina, sin caer en declaraciones heréticas, el autor de la carta a los Hebreos, en esta sección, está resaltando la humanidad de Cristo, para decirnos que Jesús, en su calidad humana, tuvo que trabajar arduamente para lograr alcanzar el estado de pleno gozo y gloria que ahora, en su calidad divina y humana, disfruta a la diestra del Padre.

Antes de la gloria y el gozo, debió padecer el desprecio y el dolor.

Ante el Jesús hombre fue puesta una meta: la gloria y el gozo celestial, por lo tanto, con el fin de alcanzarla, debía correr la carrera del sufrimiento, del desprecio y de la cruz, obteniendo, al final, el gozo perdurable y perfecto. Él siempre se mantuvo mirando hacia esa meta, y cuando el sufrimiento llegó a su clímax, en medio de la agonía y el cansancio más grande, pudo orar al Padre: “... *sino puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad*” (Mt. 26:42).

Jesús es el mejor y perfecto ejemplo de fe, porque sólo él pudo conocer en toda su dimensión y profundidad lo que es el sufrimiento por causa del Evangelio. Los creyentes hebreos, a los cuales se escribe la carta que lleva su nombre, estaban sufriendo por causa de Cristo, y algunos estaban considerando abandonarlo todo porque ya no podían soportar más la lucha; su fe estaba menguando y pensaban que ya lo habían soportado todo, que su sufrimiento era más grande que el del resto de creyentes. Pero el autor, con tacto y suavidad, les ha ido mostrando que los héroes de la fe pasaron por grandes sufrimientos, y ellos no debían deshonorar la guerrera historia de sus antepasados, claudicando ante leves dolores, comparados con los de sus predecesores.

Pero ahora nuestro autor llega al culmen de los ejemplos, al ejemplo de ejemplos, es decir, Jesús. El modelo perfecto de lo que es sufrir por el evangelio. Pero el autor no sólo quiere motivar a estos sufridos creyentes a soportar con estoicismo la adversidad por causa de Cristo, sino que pone delante de ellos un ejemplo que les enseñará una preciosa verdad: el

mejor aliciente para soportar el sufrimiento es la esperanza de la dicha, el gozo y la gloria eterna.

Jesús mismo no era un estoico, el realmente sufrió con pasión los dolores y adversidades de este mundo hostil, y cuando el sufrimiento estaba en su punto más alto, su ánimo cobraba valor llenando su corazón de una santa pasión por la gloria que estaba reservada en los cielos. El profeta Isaías nos hace una descripción de lo que fue la vida de sufrimiento de Jesús: *“Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado. Y se dispuso con los impíos su sepultura... aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca. Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. ¿Qué le dio fuerzas para soportar tan profundos sufrimientos? Cuando haya puesto su vida por expiación del pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho”* (Is. 53:3-11).

Cuando Jesús tuvo que soportar los feroces e injustos ataques de los fariseos y de los religiosos de su tiempo, lo hizo con paciencia, mirando el gozo que le esperaba al terminar su carrera de sufrimientos; cuando sus discípulos mostraban poco crecimiento espiritual y parecían retroceder en vez de avanzar en la comprensión de la misión de Cristo, él soportó con paciencia mirando el gozo que le esperaba al terminar su trabajo; cuando las personas que eran objeto de sus milagros no mostraban agradecimiento ni conversión al verdadero Dios, él soportó con paciencia mirando el gozo que le esperaba; cuando el poder político se unió con el religioso para conducirlo a un juicio injusto y viciado, él soportó mirando la corona de gloria y gozo que le daría Su padre en recompensa por tan abnegada lucha; cuando la gente por la cual él vino lo rechazó y pedían que lo mataran como si fuera uno de

los más peligrosos criminales, soportó con paciencia mirando el gozo que esto traería a su alma y al Padre Eterno. Cuando los punzantes e hirientes clavos atravesaban su carne, y las espinas causaban dolor y ardor en su frente, cuando la sed agobiante invadía su cuerpo, y los estertores de la muerte le hacían temblar, soportó con paciencia mirando a lo lejos la recompensa bienaventurada de tanto sufrimiento.

Jesús nos enseñó lo que es verdaderamente el camino de la fe. Es una senda de sufrimiento que se sostiene sólo a través de la fortaleza que produce el saber que al final nos espera una corona de gloria y un gozo perfecto. Es decir, el camino de la fe, nos enseña que la verdadera y completa felicidad no se alcanzará sin antes pasar por la senda del dolor.

Jesús soportó el horrible sufrimiento de la cruz porque de antemano, por medio de la fe, pudo ver las gozosas consecuencias que este acto de amor traería para el pueblo elegido y el gozo que inundaría a los cielos al ver la poderosa salvación que se desplegaría en favor de la humanidad elegida (Luc. 15:7).

Jesús soportó con paciencia el sufrimiento de la cruz porque sabía que así se cumpliría el propósito salvador del Padre, y su gozo estaba ligado al gozo del Padre. La vida humana de Jesús tuvo un solo principal propósito: agradar al Padre y ser causa del gozo divino a través del cumplimiento de su consejo eterno y la salvación de todos los elegidos, esto tenía más valor para Jesús que su propia vida, honor o reputación.

Cuando Jesús comparaba el sufrimiento terreno con el gozo de la gloria eterna al lado de Su padre, el dolor terrible de la cruz le pareció cosa insignificante. Las glorias celestiales hacen que las adversidades del mundo presente parezcan pequeñas punzadas, que nos hacen correr con más vigor la carrera que nos conducirá al gozo perfecto en la presencia eterna del glorioso Dios.

El dolor y la vergüenza son los dos elementos constitutivos de todos los sufrimientos externos, y ambos fueron muy evidentes en la muerte en cruz. Pero Jesús pudo despreciar la vergüenza de la cruz, porque el Padre había puesto delante de él la alegría de la gloria celestial.

4. Premio y recompensa de la vida de fe “y se sentó a la diestra del trono de Dios”

La carrera de la fe no terminará en un premio cuyo gozo es pasajero, no. Cuando el cristiano termina de correr la carrera recibirá un puesto de honor y gloria que no tiene comparación con la gloria mundana que reciben los grandes galardonados por ser buenos deportistas, o excelentes escritores o prósperos empresarios. Esta gloria humana es nimia frente al lugar de honor que recibirán en los cielos todos los que corrieron la carrera y la ganaron.

Y el mejor ejemplo de la gloria, recibida al final de la carrera sufrida de la fe, es Jesús.

Una vez que Jesús hubo terminado su carrera en esta tierra, luego de sufrir la ignominiosa cruz, y de transitar por los lúgubres senderos de la muerte, resucitó victorioso de la tumba, en señal de que su sacrificio había sido aceptado por el Padre, y como indicador de que su obra había sido perfecta y, por lo tanto, se constituyó en el Salvador de la humanidad.

No alcanzamos a imaginar cómo fue la coronación de Cristo en los cielos, cuan estruendoso y esplendoroso estaba el cielo cuando Jesús recibió la corona por haber terminado la carrera en la tierra. De seguro que en ese maravilloso día las huestes de ángeles se aprestaron para hacer una calle de honor al victorioso rey que había triunfado sobre el dolor y la muerte, y con trompetas de oro tocaron las más maravillosas notas de alegría que jamás se hubiesen escuchado en los majestuosos cielos. Ese día, el cielo brilló en todo su esplendor porque el humilde Cordero de Dios había cumplido con el pacto eterno de redención y ahora el Padre, al cual había obedecido, amado, y en quien había depositado absolutamente su fe, le esperaba con los brazos abiertos para coronarlo de toda gloria y honra y sentarlo a su diestra, como gobernante y Rey.

Ved al Cristo, rey de gloria, es del mundo el vencedor;

De la guerra vuelve invicto, todos deben dar loor.

Exaltadle, exaltadle, ricos triunfos trae Jesús;

entronadle en los cielos, en la refulgente luz.

Pecadores se burlaron, coronando al Salvador;

Ángeles y santos danle su riquísimo amor

Escuchad las alabanzas que se elevan hacia él;

victorioso reina el Cristo; adorad a Emmanuel¹.

El resultado de la vida de fe fue su coronación en los cielos y el recibir toda autoridad. “Y estando en la condición de hombre, se humilló así mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra” (Fil. 2:8-10).

Pero lo sorprendente es que Jesús quiere compartir su gloria y reinado con todos los que corren la misma carrera de fe y salen victoriosos. Todos los que imitan a Jesús y siguen su ejemplo de fe, paciencia, sumisión a la voluntad de Dios y disposición al sacrificio, un día, recibirán una gloriosa bienvenida en los cielos y se sentarán con Jesús en el Trono de gloria, reinando y juzgando con él:

“Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono” Ap. 3:21

“Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso del alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre” Ap. 2:26-27

“¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo?... ¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? 1 Cor. 6:2-3

“Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, par que juntamente con él seamos glorificados” Ro. 8:17

Ahora tenemos en los cielos, no sólo un sacerdote que intercede por nosotros, como ya nos lo enseñó el autor de la carta, sino a un guerrero vencedor que nos da aliento con su ejemplo y nos infunde fortaleza desde su lugar de honor y autoridad.

Conclusión:

- Para ser seguidores reales de Jesús es necesario tomar nuestra cruz cada día. Los creyentes hebreos estaban abrumados por los padecimientos que sufrían como consecuencia de ser cristianos, y algunos se avergonzaban de este padecimiento, pero más bien ellos deberían estar avergonzados de tratar de evadir la cruz que debían llevar sobre sus hombros. Aunque

¹ Himnario “Celebremos su gloria”. Libros Alianza. Streamwood.

nuestra cruz parezca muy pesada, nunca será igual a la de Cristo, pero si la llevamos con paciencia y nos mantenemos perseverantes en el camino de la fe, tendremos el privilegio más sublime que hombre alguno alcanzara, la honra sin fin que todo hombre debe anhelar: nos sentaremos con Cristo en el Trono de gloria y viviremos para siempre gozando de la comunión con él. “Desde su exaltada posición en el cielo a la diestra de Dios, Jesús nos capacita para persistir, para soportar y para ser fieles a Dios y a su Palabra”². Que esta esperanza y meta de nuestra carrera, nos anime a correr sin desmayar hasta el fin.

² Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 434